Una mirada inquisitiva sobre «la primavera árabe», entre la cautela y la esperanza

Jesús A. Núñez Villaverde *

La opinión pública occidental acogió con alegría y satisfacción las movilizaciones ciudadanas que durante los primeros meses del invierno de 2011 desalojaron del poder a los dictadores de Túnez, Egipto, Libia y Yemen. Quedan todavía, pese a la guerra civil que se está librando en Siria, dieciocho en pie. Resulta extraño que más de 300 millones de personas tengan que vivir en la pobreza y sin los más mínimos derechos humanos en países potencialmente ricos pero muy mal administrados y gobernados.

Pocos asuntos de la agenda internacional han acaparado tanta atención este pasado año como el que se ha dado en llamar «la primavera árabe». Con alegría apenas contenida, en unos casos, y con notable aprensión, en muchos otros, han sido innumerables las reacciones que han provocado los acontecimientos registrados en algunos países árabes, sin que a día de hoy sea posible todavía establecer un balance sólido sobre sus resultados. Hablamos de unas movilizaciones ciudadanas que, por plantearse cambios estructu-

* Codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH) y profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Pontificia Comillas, Madrid.

rales, necesitan mucho más tiempo del transcurrido hasta ahora para poder cristalizar en algo que permita, finalmente, aventurar un juicio determinante.

Mientras tanto, conviene aclarar al menos un malentendido de partida, referido a la propia denominación de «primavera». Sin vínculo ninguno con la estación en la que comenzó el proceso de revueltas (Túnez, 17 de diciembre de 2011, a finales de otoño), esa ocurrencia mediática puede resultar sugestiva si lo que se busca es llamar la atención de la opinión pública y fijar un nombre fácilmente reconocible, bajo el que enmarcar todo lo que tenga conexión con los acontecimientos que se han ido sucediendo desde entonces. Pero resulta no solo incorrecta, sino incluso contraproducente si, como está sucediendo, el florecimiento de esa supuesta primavera se retrasa *sine die* o, peor aún, si se da por hecho que lo ocurrido hasta hoy ya puede interpretarse como un cambio sustancial con respecto a lo anterior.

Si no nos dejamos llevar por la corriente del mensaje llamativo ni por la ensoñación de confundir los deseos con la realidad, tendremos que concluir que en el momento en el que se escriben estas páginas (abril de 2012), sólo hay cuatro dictadores menos en el planeta –Zine El Abidine Ben Ali, en Túnez; Hosni Mubarak, en Egipto; Muamar el Gadafi, en Libia, y Ali Abdullah Saleh, en Yemen–. Siendo ésta una buena noticia en sí misma (sobre todo para los habitantes de esos países), conviene no olvidar que el mundo árabe lo componen un total de 22 países. Eso significa que hay aún 18 en los que el poder sigue en manos de los mismos gobernantes que, desde cualquier punto de vista, cabe calificar como mínimo como manifiestamente mejorables. Pero es que en los cuatro ya mencionados, lo único que ha acaecido (por importante que sea) es un cambio de caras en la cúspide del poder. Queda pendiente, por tanto, que haya un verdadero cambio de régimen y que, además, como muchos ansían, ese nuevo régimen sea plenamente democrático.

Es importante obligarse a seguir aferrados a esa realidad, no para desde ella desdeñar lo protagonizado por las poblaciones árabes, sino para no olvidar que el proceso de cambio está todavía en sus primeros pasos. Sólo con un esfuerzo sostenido –protagonizado en primera línea por los actores locales, pero necesitado de un sincero acompañamiento desde el exterior– se podrán vencer los enormes obstáculos que están presentando quienes (dentro y fuera de

estos países) prefieren que nada sustancial modifique unos sistemas desiguales que les permiten beneficiarse de unos privilegios insostenibles.

No cabe, en resumen, creer que ya basta con lo realizado, ni pensar que todos los actores implicados en estos ambiciosos procesos están empujando en la misma dirección. Ni es esto último lo que parecen demostrar los gobernantes de la región (véase el caso de Siria), ni tampoco buena parte de los gobiernos occidentales (tanto en esa misma Siria como en muchos otros casos). Estos últimos han apostado, durante décadas, por la defensa de una estabilidad forzada (en connivencia con gobernantes locales tan corruptos y represivos como escasamente democráticos), lo que les ha reportado innumerables beneficios y privilegios, al tiempo que ha dejado al descubierto su escasa defensa de los valores y principios que definen a una sociedad democrática.

Dicho de otro modo, la actitud ante lo que ocurre hoy en el mundo árabe debe moverse entre la esperanza de que se produzca un giro positivo y la cautela –por no decir el temor– de que los que se oponen a él logren finalmente preservar sus intereses a costa, como durante tanto tiempo ha ocurrido, de la frustración y desesperación de la mayoría de quienes habitan esos países. Sin una apuesta decidida de la comunidad internacional, multidimensional en cuanto a los instrumentos activados y sostenida en el tiempo –algo que todavía sigue siendo una asignatura pendiente–, la hipotética primavera puede convertirse en un invierno de inquietantes consecuencias.

Señas de identidad

De cualquier modo, aunque el proceso sea todavía incipiente, ya es posible entrever algunas características que le van dando forma global, más allá de las innegables particularidades de cada caso. Entre ellas cabe destacar las siguientes:

– Aunque se discute incluso la fecha de su arranque –que unos prefieren fijar en el experimento abortado violentamente por el gobierno marroquí del campamento establecido en Gdeim Izik (en las afueras de El Aaiún) por civiles prosaharauis (octubre de 2010), mientras otros se remontan incluso a la irrupción del Movimiento Verde como respuesta al fraude electoral en las presidenciales de Irán (junio de 2009)–, existe un consenso generalizado en datar su inicio en la inmolación del joven tune-

cino, Mohamed Bouazizi, en la ciudad de Sidi Bouzid (17 de diciembre de 2010).

– Tanto en este caso como en los que le siguieron, la activación ciudadana se produce a partir de unas causas estructurales (en buena medida comunes a toda la región) que constituyen por sí solas un perfecto caldo de cultivo para la protesta. El alto nivel de corrupción, ineficiencia y afán represivo de los regímenes de la zona, así como la permanente insatisfacción de las necesidades básicas de un amplio porcentaje de una población, por otro lado, mayoritariamente joven y sin expectativas de poder desarrollar una vida digna, son componentes estructurales de una situación que explica las actuales movilizaciones. En ninguno de estos países existe nada que pueda ser calificado como un sistema democrático o que asegure un nivel de bienestar aceptable para la mayoría de sus habitantes.

– Son esencialmente movimientos espontáneos y populares. No es posible identificar un promotor ideológico o un liderazgo partidista o religioso que lo haya puesto en marcha. A pesar de los múltiples intentos por identificar la razón última que explique lo ocurrido en los cuatro países ya mencionados (que no agotan obviamente el listado), ninguno de ellos resulta concluyente. Lo que sí cabe decir es que probablemente se ha sobredimensionado la importancia de las redes sociales, aunque solo sea por el hecho de que el poder adquisitivo de la mayoría de la población no les permite hacer frente a los gastos que comporta la adquisición y uso de las tecnologías asociadas a dichas redes, así como por el problema de analfabetismo que afecta a amplios círculos de población. De mayor importancia cabe pensar que ha sido el impacto de un medio televisivo como Al Yazeera, que lleva ya más de quince años haciendo llegar a la práctica totalidad de la población de estos países una información crítica que no ofrecen desde luego ninguno de los medios públicos del mundo árabe.

  En todo caso, tanto unos como otros no son más que instrumentos que sólo sirven para potenciar los anhelos de una población globalmente desasistida por parte de los poderes públicos y que aspira a dignificar su vida en un marco sociopolítico y económico sensible a sus demandas.

– Las reclamaciones ciudadanas están siendo netamente políticas.

Sobre la base de un sustrato socioeconómico claramente negativo para la inmensa mayoría de la población, las movilizaciones reclaman desde el principio trabajo, libertad y dignidad. Para sorpresa de quienes suelen manejarse con estereotipos negativos sobre las sociedades islámicas, la población se ha movido desde el principio con el claro objetivo de provocar la caída de unos gobernantes que consideraban totalmente fracasados y faltos de la voluntad necesaria para emprender las reformas de unos regímenes discriminatorios.

– Son, asimismo, movimientos pacíficos. La violencia ha sido la opción recurrente de unos gobiernos acostumbrados a reprimir por la fuerza cualquier tipo de contestación a su poder. En esa línea, resulta asombroso constatar la pérdida de miedo que durante demasiado tiempo había mantenido paralizada a buena parte de la ciudadanía, temerosa de ser castigada brutalmente por unos gobernantes con un amplio historial de violación de los derechos humanos. Esto hace que, a pesar de la violencia, la población siga atreviéndose a hacer visible su protesta en las calles, en una clara muestra de su voluntad de no cejar en su empeño por el cambio.

– Están protagonizados por los jóvenes. Sin restarle un ápice de importancia a esta variable, interesa recordar que la entonces denominada «bomba demográfica» en el mundo árabe se produjo a finales de los años ochenta del pasado siglo. Desde entonces ha sido cada vez más evidente la imposibilidad (sobre todo por falta de voluntad de los responsables políticos) de que esos sistemas económicos pudieran dar satisfacción a las necesidades de educación, sanidad, vivienda y trabajo de una población mayoritariamente joven. Hoy, los jóvenes son el colectivo más numeroso en la práctica totalidad de los países del área y son ellos, igualmente, los que tienen más oscuro su presente y su futuro.

No puede sorprender, por tanto, que no confíen en una clase política ocupada en general por líderes sempiternos en sus puestos, cooptada por el poder o desligada de la realidad de la calle. También resulta natural que sean ellos los que con mayor entusiasmo se han atrevido a cuestionar el *statu quo* imperante, intentando convertirse en protagonistas de su propio destino. Esto no quiere decir, sin embargo, que el resto de los colectivos sociales no se estén igualmente movilizando a favor del cambio.

– Suponen una magnífica lección que derriba estereotipos muy asentados. Frente a una visión muy consolidada en Occidente que tiende a considerar a las sociedades árabes como pasivas frente al poder, no preparadas para la democracia y esencialmente violentas, se impone cada vez con mayor claridad que lo que estamos viviendo es un ejemplo de activación ciudadana que aspira exactamente a lo mismo que reclamamos quienes habitamos las sociedades desarrolladas y democráticas. Si hubiera que resumir sus demandas basta con recordar que pretenden comer tres veces al día, expresar sus ideas sin temor a la represión y moverse con libertad en el marco de un Estado de derecho.

Contrapuntos

Como ya queda dicho con anterioridad, no es oro todo lo que reluce en la difícil marcha que han emprendido las sociedades árabes para superar la nefasta situación de falta de bienestar, corrupción, nepotismo y ausencia de libertades que, con diferente graduación, caracteriza a la práctica totalidad de los 22 países árabes. A pesar de los avances positivos ya registrados, siguen existiendo poderosos actores interesados en obstaculizar el proceso, lo que determina que nada asegure que la balanza termine por inclinarse definitivamente hacia el lado positivo de la historia. Sin ningún ánimo de exhaustividad, he aquí algunos de los principales elementos a considerar:

– La sociedad civil es el actor peor equipado de cuantos se enfrentan hoy en el escenario árabe. Y esto es así como consecuencia directa de una larga tradición de represión por parte de unos regímenes políticos interesados en maniatar a sus poblaciones, con una estrategia en la que se han ido combinando la cooptación de líderes emergentes, el clientelismo paternalista para comprar la paz social y la represión (encarcelamiento, muerte o exilio) de los opositores. Aunque en algunos casos ha habido sistemas multipartidistas desde hace años, nadie puede llamarse a engaño respecto a su escasísima representatividad, lo que ha derivado en un abrumador desinterés ciudadano por una clase política absolutamente desprestigiada.
– Los distintos regímenes políticos se han encargado de bloquear la emergencia de una sociedad civil fuerte, que no ha tenido más remedio, en consecuencia, que moverse en los resquicios que

dejan unos sistemas cerrados a los miembros de unas elites desconectadas completamente de las expectativas y necesidades de su población. En estas condiciones, y más allá del visible orgullo y autoestima de una población que se siente capaz de movilizarse contra sus gobernantes, hay que recordar que los nuevos actores políticos (con la excepción obvia de los grupos islamistas) no disponen de estructuras sólidas para adentrarse en la nueva etapa que se vaya abriendo tras la desaparición de sus odiados gobernantes. Por un lado, no tienen una maquinaria partidista bien engrasada y tampoco les sirven las de los partidos existentes; pero, por otro, son absolutamente neófitos en la gestión de los asuntos públicos. Corren el riesgo, por tanto, de agotarse en la mera movilización permanente o de ser manipulados por otros más diestros en los asuntos de poder. De momento, eso es precisamente lo que ha ocurrido en las elecciones recientemente celebradas en Túnez, Marruecos y Egipto, en las que han cosechado resultados muy exiguos.

– El islamismo político, por su parte, resurge con fuerza imparable. Aprovechando el peso que la identidad islámica tiene en la práctica totalidad de la población y los errores de cálculo de unos gobernantes que consideraban que el islam no era un rival político (sino más bien una vía para evitar derivas antisistema, al menos hasta principios de la última década del pasado siglo), el islamismo político ha resurgido de sus cenizas para convertirse en la opción política más atractiva. Para ello no sólo han logrado un alto grado de disciplina y organización interna, sino que se han ganado los favores de amplios colectivos de población, tanto con su denuncia y crítica de unos gobiernos crecientemente deslegitimados, como con su constante atención a los más desfavorecidos (frente a unos aparatos estatales ineficientes y desconectados de las necesidades de la ciudadanía).

Como conclusión, hoy Ennahda (Túnez), Justicia y Desarrollo (Marruecos) y Libertad y Justicia (Egipto) son la punta de lanza de una nueva oleada de islamismo político que, a buen seguro, será muy pronto imitada por otras sociedades de la región en cuanto se puedan celebrar elecciones libres (Libia, Siria y Yemen entre ellos). Además, otros como Hamas y Hezbolá están en condiciones de tener un papel principal en sus respectivos feudos palestino y libanés. Seguramente el islamismo político –que

no cabe confundir en ningún caso con el terrorismo yihadista– no sea la solución a los problemas que hoy sufren esas sociedades; pero de ningún modo puede negarse la realidad que los convierte en protagonistas principales de esta próxima etapa. En unos casos –como el papel de las mujeres en la vida pública– las dudas son inmediatas y en otros –como la política económica o de seguridad– las indefiniciones son mucho mayores que las certezas. Por tanto, no es posible llegar a ninguna conclusión definitiva sobre el efecto que pueda tener su irrupción en la primera línea política.

Lo mínimo que cabe pedir en estas circunstancias es que no se apliquen apriorismos negativos, que condenen de antemano a quienes están aquí para quedarse por un largo tiempo. Lo que también cabe desear es que, tal como apuntan de momento sus líderes, finalmente sea Turquía el modelo a seguir y no la Arabia Saudí o el Irán que han labrado su propio desprestigio a fuerza de hechos que contradicen los más elementales fundamentos de una sociedad abierta.

– Los países occidentales siguen, en gran medida, aferrados a una visión obsesionada con el mantenimiento del vigente *statu quo* a toda costa. Aunque en el discurso dominante asomen ya algunos elementos de cambio, la realidad muestra cómo las consideraciones geopolíticas y geoeconómicas pesan sobremanera en la actuación de las potencias occidentales. La dependencia energética es, por sí sola, un elemento central para entender el temor occidental ante las convulsiones de una región que alberga al menos las 2/3 partes de las reservas mundiales de petróleo y no menos del 50% de las de gas. Es eso lo que explica nuevamente la habitual práctica del doble rasero, que apostaba militarmente por la caída de Gadafi, pero que prefiere olvidar la brutal represión que Bachar el Asad ejerce contra su pueblo o aceptar sin crítica alguna la intervención militar de Arabia Saudí en territorio de Bahrein.

Tanto Estados Unidos como los países de la Unión Europea están encontrando enormes dificultades para moverse en este contexto cambiante. Por un lado, porque arrastran un balance muy negativo como corresponsables en la configuración de un orden regional que ha apostado por la estabilidad impuesta por la fuerza, apostando por socios impresentables desde los esquemas que decimos defender. Por otro lado, porque el comporta-

miento actual también dista de ser el adecuado. En lugar de desmarcarse abiertamente de estos gobernantes y ponerse al lado de quienes pacíficamente demandan un cambio estructural, es muy notorio el empleo de una doble vara de medida (que, por ejemplo, se traduce en el silencio cómplice sobre un régimen como el saudí) y el temor por quedarse en el lado equivocado cuando se resuelvan de algún modo las crisis actuales en estos países.

– La fluidez de los procesos en marcha ofrece oportunidades también a elementos indeseables, que tratan de pescar en río revuelto. Así, por ejemplo, en Siria ya se ha detectado la presencia de elementos de Al Qaeda; mientras en Libia, la situación de inseguridad no hace más que aumentar en la medida en que las innumerables milicias armadas pretenden obtener un mayor botín en el nuevo reparto de poder sin subordinarse a un Consejo Nacional Transitorio que no logra imponer su autoridad. Incluso en el Sahel comienza a hacerse evidente la contaminación belicista –con la revuelta tuareg actualmente en marcha–, derivada de la diseminación de armas y combatientes de todo tipo implicados hasta hace bien poco en el conflicto libio.

En todo caso, si algo queda claro hoy en estos países es que la estrategia de Al Qaeda ha fracasado rotundamente. Basta con reseñar que no ha logrado, con su estrategia de violencia terrorista, derrocar a un solo dictador árabe en sus más de veinte años de existencia ni expulsar a las tropas occidentales de ningún país árabo-musulmán.

Mirando hacia adelante

En definitiva, no hay nada decidido todavía en un proceso que presenta rasgos esperanzadores junto a otros más sombríos. Sea como sea, son los habitantes de los países árabes quienes deben protagonizar este decisivo cambio. Los demás solo podemos, en el mejor de los casos, acompañarlos en su marcha para consolidar procesos hoy aún incipientes (con Túnez como el país con mayores probabilidades de éxito en comparación con el resto de los que ya han logrado, al menos, la caída del dictador de turno).

A ellos les corresponde encontrar el acomodo adecuado de la vertiente política del islam en sus nuevos marcos de organización de la vida nacional y crear las condiciones para que emerjan sociedades abiertas y representativas de

la diversidad que atesoran. En su empeño se enfrentan a fuertes resistencias internas, con actores interesados en mantener sus privilegios y en seguir capitalizando su dominio a expensas de sus conciudadanos. Egipto sirve en este caso como ejemplo, a partir de la convicción de que las fuerzas armadas no parecen dispuestas a renunciar a su papel protagonista y de que los Hermanos Musulmanes pueden sentirse tentados de abusar de su innegable poder electoral. Esto no hace imposible la tarea, pero obliga a extremar las cautelas para evitar, desde dentro y desde fuera de estos países, que se frenen los avances democráticos.

A nosotros nos toca realizar un mayor esfuerzo en términos de coherencia, superando el error de confundir la estabilidad con el apoyo a regímenes muy imperfectos en todos los terrenos. Podemos dar por descontado que el proceso será muy complejo y que existen riesgos muy serios para que descarrile o termine dominado por quienes no desean la democracia. También podemos suponer que el islamismo político será un actor significativo en la nueva ecuación política; pero eso no puede servir de argumento para seguir aferrados a fórmulas que condenan a esos países al subdesarrollo y a nosotros a la vergüenza de no estar a la altura de los valores y principios que decimos defender.

A la hora de pensar en un futuro digno para estas sociedades, interesa también recordar que no se trata de países pobres, sino empobrecidos como resultado de una pésima gestión de los asuntos públicos por parte de unos gobernantes únicamente preocupados de sus intereses corporativos (y avalados por unas potencias occidentales escasamente sensibles a las demandas de unas poblaciones excluidas de los beneficios de esos desiguales sistemas). Por el contrario, disponen de un notable capital humano y de abundantes recursos alimentarios (agricultura y pesca, por destacar algunos), minerales (fosfatos, hierro…) y energéticos (petróleo y gas) como para poder emprender procesos de desarrollo capaces de atender a las necesidades de los más de 300 millones de personas que los habitan.

El bienestar y seguridad de estas sociedades en un contexto plenamente democrático es una aspiración que está a su alcance. Pero que nadie piense que con lo recorrido hasta aquí ésa es la hipótesis más probable. ■